

APARTADO III DEL TEXTO *LA UNIVERSIDAD COMO SISTEMA DE PROHIBICIÓN DEL DESEO Y EL PENSAMIENTO PROPIO*

Carlos Mario González

...dicho estudioso, exclusivamente especialista, es semejante al obrero de una fábrica, que durante toda su vida no hace otra cosa que determinado tornillo y determinado mango, para determinado utensilio o determinada máquina, en lo que indudablemente llegará a tener increíble maestría (...). La «fidelidad en los detalles», la «fidelidad del recadero», se convierten en temas de ostentación, y la falta de cultura, fuera del campo de especialización, se exhibe como señal de sobriedad.

—Nietzsche

Nota del autor: este texto es un fragmento que hace parte de un artículo que redacté para *Cuadernos para la reflexión y la Crítica*, publicación del Centro de Estudios Estanislao Zuleta”, organización de la que ya no hago parte, integrando actualmente mis labores a la Fundación Cultural Entrelíneas.

III

Tus verdaderos educadores y formadores te revelan cuál es el auténtico sentido originario y la materia fundamental de tu ser, algo que en modo alguno puede ser educado ni formado y, en cualquier caso, difícilmente accesible, capturable, paralizable; tus educadores no pueden ser otra cosa que tus liberadores.

—Nietzsche

¿Ama el profesor lo que enseña? ¿Es para él algo sustancial, algo con lo cual se identifica de manera decisiva para su vida? ¿O sólo transmite una información destinada a cumplir con una tarea laboral que le merezca el salario que recibe? Tal vez el ideal pedagógico responda a la conjunción de tres condiciones: alguien que sabe que no sabe y desea saber, alguien que profesa amor por lo que enseña y por enseñar, y el encuentro interpersonal realizado como diálogo. Enseñar, en términos ideales, es transmitir lo que se ama a un otro que a este respecto desea saber, y ello en la forma de una conversación que asigna lugar y participación a cada parte. Tal vez lo más acertado, hablando de educación, sea decir que sólo deja huella en el ser del alumno aquel maestro que ama lo que enseña, que siente pasión por su saber. Estrictamente dicho, no se enseña tanto con el saber que se posee (aunque hay que detentar un saber) cuanto con la pasión que embarga al maestro, pues el deseo que encarna es la mayor potencia transformadora de la que dispone éste, dado que es su pasión por la verdad la que permite que el alumno se identifique no con la persona del maestro sino con el fuego del deseo que éste testimonia. Como los buenos amores, los buenos profesores son los que dejan huella en el aprendiz, entendiendo la huella como la irrupción de un elemento que se instala de forma duradera en el ser del individuo y representa una resignificación de lo que ha venido siendo.

La relación interpersonal que

adelanta el profesor con su alumno debe avanzar en dirección a que el joven pueda ir reconociendo la forma de su propio y singular deseo y que el maestro no funja como modelo a imitar sino como un referente necesario para la configuración de un destino personal. Develado su deseo y centrado en él, para el alumno el papel importante del maestro está en que le facilita disponer de unas coordenadas para la orientación de su destino más genuino. Al maestro no debe asignársele la tarea de instruir al

alumno cual si fuera un recluta que debe marchar al compás de su voz de mando y en la dirección que ésta indique, sino que su función debe ser la de apoyar al aprendiz en la develación de sus preguntas esenciales, en la conquista de un pensamiento propio y de una palabra auténtica, a partir de todo lo cual logra hacerse a una identidad, nunca concluida, que testimonia su propia singularidad. Ahora, lo que sucede con un maestro y una práctica educativa que forma, a través de una interacción continua con el estudiante, un individuo que sabe reconocerse y afirmarse en el deseo, en el pensar y en la palabra propios, es que el orden social ha de vérselas con alguien que no es dócil para adaptarse acríticamente a lo que se le estipula, es decir, una educación que promueve la formación de una persona

tal, da lugar a lo que menos necesita y quiere el capitalismo: alguien indócil, crítico y con capacidad de cuestionarlo. ¿Por qué decir esto? Porque el capitalismo, con su irracional tratamiento de la vida (individual, colectiva, planetaria) requiere de un individuo cuya educación lo haya hecho

idóneo, sumiso y adaptado, mientras que una educación centrada en el deseo, el pensar y la palabra propios da lugar a alguien que de forma habitual se pregunta por la vida que hace y por la que puede hacer, por la realidad y por lo posible, por la racionalidad y por la sensatez

del orden social en que vive, por lo justo y lo injusto, por el sentido personal y colectivo de la existencia que se lleva a cabo, valga decir, es una educación que forma a alguien capaz de dudar, de interpelar, de disentir, de discutir, de no sumarse pasivamente a la masa, de dirigirse

a otros, de decir que no, de revelarse, en fin, de calibrar y ponderar la humanidad que realiza y la que realizamos todos. Generalizando, se puede decir que un individuo que sabe afirmarse en su deseo, reconocerse en su pensar y expresarse en su palabra, es potencial o activamente anticapitalista por lo irracional y mutilador que es el orden burgués a propósito de la vida humana y sus posibilidades. El capitalismo sólo necesita y quiere un funcionario, un individuo que sólo funcione; una educación que valore lo humano en sus complejas posibilidades apunta a alguien que haga del deseo, del pensar y la palabra propios su forma de estar en el mundo.

El alumno siempre tiene una relación ambivalente con el maestro que logra impactarlo, una relación hecha simultáneamente de amor y hostilidad; de amor por todo lo que le ha aportado

para ser lo que es; de hostilidad porque lo siente como una amenaza para su propia identidad, máxime porque ésta se ha forjado en buena medida a partir de rasgos de identificación que ha tomado de quien ha sido su referente intelectual y existencial. Ahora, la independencia y la autonomía no se logran liquidando al maestro, desacreditando su enseñanza —lo que equivaldría a desacreditar el camino y los procesos de constitución del propio alumno anhelante de ser sí mismo—, sino sosteniendo con él una diferencia dialogante, esto es, afirmando los aportes decisivos del maestro y avanzando en campos, relaciones e interpretaciones provenientes de su propia labor.

En términos ideales el proceso formativo está jalonado desde dos frentes articulados entre sí: de una parte un aprendiz que ha podido reconocer que no sabe y se dirige a alcanzar a partir de sus propias preguntas, logros más sólidos en el conocimiento en tanto logros probados, de otra parte, un profesor cuya tarea no es atiborrar de información a un alumno condenado a la posición de oyente pasivo, sino la de dar testimonio de su propia pasión por el saber, lo que permite que el aprendiz ponga en juego su amor en relación al conocimiento y al pensar, acometiendo su labor desde la temporalidad lógica que determina el objeto de la indagación y según el itinerario que éste mismo va poniendo, sin atenerse ni a los tiempos, ni a las secuencias que traza, por ejemplo, la institución universitaria. Evidentemente un saber originado en el deseo del sujeto y desplegado según la lógica de su propia búsqueda, deriva para éste en el acceso a los dominios de un pensamiento propio.

«En la medida que queramos que la educación signifique algo más que el entrenamiento de un experto para el mercado que

lo demanda y que busquemos la formación de un ciudadano —para decirlo en términos griegos—, en esa misma medida deberíamos acentuar la educación filosófica»¹, esto es, una educación que al margen del objeto de estudio de que se trate, cree las condiciones de posibilidad para pensar. Radicalizar el ejercicio de la racionalidad en la formación del joven es llevarla a que con sus tres frentes —su amor por la verdad, su disposición crítica y su capacidad argumentativa— cope la vida y ser del sujeto en sus complejas relaciones con la sociedad y con el mundo, contando con la tendencia de todo ser, que ejerce la racionalidad, a la polémica y al debate. Pero la formación integral del ser humano no se agota en transmitirle el ejercicio de la racionalidad radical, es

menester que simultáneamente la educación sepa promover en el educando dos movimientos fundamentales: el de la develación de las formas esenciales de su deseo y el de la asunción de su existencia de cara a su mismo deseo. Precisar qué es lo que se desea lleva a la búsqueda del saber que le es pertinente y a orientar la vida en dirección de éste, de allí surge la posición ética que permite al sujeto ser fiel a lo más propio de sí. He aquí, pues, los cuatro logros que delimitan una educación que forma a un ser humano no reducido a la mera condición de trabajador calificado y eficiente: develar su deseo, hacerse cargo de él, pensar por sí mismo, dotarse de una palabra genuina.

Ahora bien, el ejercicio real de la democracia requiere de un sujeto demócrata, para lo cual, según Estanislao Zuleta, es menester gozar de cuatro atributos por los que debe propender una educación efectivamente comprometida con la misma democracia: 1.

Capacidad de aceptación de un grado de angustia; 2. Modestia; 3. Respeto; 4. Superación de la tendencia originaria del ser humano al dogmatismo.

Explicemos lo anterior: en primer lugar, la democracia reclama un sujeto que esté hecho para soportar la vida que deriva de dudar, de decidir y de asumir las consecuencias de su decisión, de discrepar, controvertir y argumentar, todo ello cuando las circunstancias sociales lo ponen en la encrucijada de tener que elegir entre varias opciones, no entregándose al fácil expediente de acogerse sumisamente a lo que otro (líder, autoridad, etc.) le trace.

Un segundo aspecto nos señala, siguiendo a Estanislao Zuleta, que el sujeto demócrata implica la modestia de reconocer que la pluralidad de pensamientos, opiniones, convicciones y visiones del mundo es enriquecedora; que la propia visión del mundo no es definitiva ni segura porque al confrontarse con otras podría obligarme a cambiarla o a enriquecerla, que la verdad no es la que yo propongo sino la que resulta del debate, del conflicto (...) que la existencia de diferentes puntos de vista, partidos o convicciones, debe llevar a la aceptación del pluralismo con alegría, con la esperanza de que la confrontación de opiniones mejorará nuestros puntos de vista².

Un demócrata es alguien que integra en la relación con sus ideas, sus conductas y con el otro el sentido de la autocrítica, al tiempo que acepta como algo positivo que la cotejación de ideas, incluso si no se llega a un acuerdo, es enriquecedora, ya que si se tiene la razón se afina mejor la forma de sustentarla, al margen de que el otro definitivamente

¹ ZULETA, Estanislao. *Educación y democracia: un campo de combate*. Bogotá: Fundación Estanislao Zuleta, 1995, p. 107.

² *Ibíd.*, p. 127.

te no comparta lo que afirmamos; pero también en la controversia puede darse el enriquecimiento provisto por las ideas, sea porque el otro acepta nuestra argumentación o porque nos permite superar el error en que nos encontrábamos.

Un tercer rasgo del sujeto democrata es el respeto, pero no entendiéndolo éste bajo el demagógico criterio de que digan lo que digan todos tienen la razón, pues según esto la verdad no estaría del lado de la solidez y de la coherencia de la argumentación, sino del mero hecho de ser la palabra dicha por alguien (es una extendida confusión que conduce a pensar que el respeto no está en el derecho a tomar la palabra y a anunciarla, sino a darle por principio a esta palabra el estatuto de verdad); por el contrario, se respeta lo dicho por el otro cuando se le toma tan en serio que en caso de no estar de acuerdo, se contraponen una argumentación que apunta a señalar y a desmontar el error del otro. De ahí que no sea para

nada cierto el lamentable juicio que ha hecho carrera en la cultura de nuestra época que asocia la discusión argumentada al irrespeto, descalificando de esta manera el poder y el valor de la controversia racional. A este respecto dice Zuleta:

Respeto significa en cambio, tomar en serio el pensamiento del otro: discutir, debatir con él sin agredirlo, sin violentarlo, sin ofenderlo, sin intimidarlo (...) tratando de saber qué grado de verdad tiene, pero al mismo tiempo significa defender el pensamiento propio (...) Muy a

menudo creemos que discutir es irrespetuoso; por el contrario, el verdadero respeto exige que nuestro punto de vista sea puesto en relación con el punto de vista del otro a través de la discusión³.

Más adelante Zuleta corrobora:

En un debate seriamente llevado no hay perdedores: quien pierde gana, sostenía un error y salió de él; quien gana no pierde nada, sostenía una teoría que resultó refrendada. Esta es una disputa muy distinta a la que se presenta en las guerras, en las que el que pierde nunca gana⁴.

Un cuarto atributo que debe portar el sujeto democrata es el de reconocer que nuestro origen infantil fue marcado por el dogmatismo y de ahí deriva una tendencia que siempre nos acompaña y amenaza, cuando no se materializa y realiza, a posicionarnos como dogmáticos. Dicho de otra manera, en nuestros primeros años nos abrimos al mundo como pequeños y soberbios dogmáticos, estamos ganados por la certeza de que la verdad únicamente la encarnan los padres y, por tanto, nos identificamos incuestionablemente con la palabra de éstos; y luego que salimos de la infancia seguimos añorando esa verdad primera que nos deparaba seguridad, orden y certeza, por lo que estamos prestos a identificarnos luego con cualquier palabra que nos suscite la ilusión de tal completud. Se es democrata por superación de lo que nos formó en los albores de nuestra vida: la palabra de otro que todo nos lo resolvía,

³ *Ibíd.*, p. 129.

⁴ *Ibíd.*, p. 130.

y que nos garantizaba seguridad plena. Otra vez Zuleta:

Tal vez siempre conservaremos la añoranza de una palabra inobjetable a la que podamos atenernos como alguna vez lo hicimos, al aprender a hablar la palabra de la madre. En algún momento todos pasamos por alguna crisis que Piera Aulagnier llama la “prueba de la duda”: El descubrimiento progresivo y doloroso de que los padres, aquellos “monstruos sagrados” de nuestra infancia, eran personas comunes y corrientes, que podían equivocarse y que muchas de sus opiniones eran dudosas o sencillamente erradas. Este descubrimiento nos puede provocar, resentimiento, rebelión, dolor, o llevarnos simplemente un reemplazo en el líder que elijamos⁵.

El demócrata es un individuo que sabe vivir sin entregarse a la añoranza del amparo ni a la dirección de las figuras paternas y no busca ningún sustituto de éstas, valga decir, demócrata es el que aprende a vivir y a ser sin acogerse a los dogmas primigenios o sus posteriores formas de suplencia, decantándose, más bien, por el angustiante riesgo, de pensar y decidir por sí mismo.

En conclusión, formar para la democracia requiere de un maestro demócrata que, entre otras cosas, forme con su ejemplo y con una metodología democrática que le sepa dar lugar a la palabra y a la participación del alumno, promoviendo en éste su propia capacidad de decidir sin acogerse a conductores de ninguna índole: «Nadie puede construirte el puente por el que precisamente tú tienes que cruzar el río de la vida; nadie sino tú»⁶.

⁵ *Ibíd.*, p. 131.

⁶ NIETZSCHE, Federico. *Schopenhauer educador*. Madrid: Valdemar, 1999, p. 2